

EL MENSAJE SOCIAL DE LOS PADRES DE LA IGLESIA



El hombre, ser sociable y solidario (1)

Parroquia Inmaculada Concepción
Monte Grande

*La persona humana necesita la vida social. Esta no constituye para ella algo sobreañadido, sino una exigencia de su naturaleza.*¹ En otras palabras, hasta tal punto la persona es sociable que no sólo es capaz de relacionarse con sus semejantes, sino que, de no desarrollar esta aptitud, acaba incompleta. *Por el intercambio con otros, la reciprocidad de servicios y el diálogo con sus hermanos, el hombre desarrolla sus capacidades; así responde a su vocación.*²

En el ejercicio de esta vocación social, contraria a todo individualismo o aislacionismo, el hombre va construyendo la comunidad humana o sociedad, cuyo eslabón primero es la familia, y cuya principal fuerza de cohesión es la solidaridad, por la cual la persona se compenetra con las alegrías y padecimientos de sus semejantes.

Si esta base conceptual no es la única que el hombre ha elaborado para concebir a la persona en sociedad, sí es la que la Iglesia ha enseñado siempre a sus hijos como verdadera. Con la misma claridad y su énfasis característico, los Padres de la Iglesia nos transmiten estos conceptos, y, compenetrados con las desigualdades sociales de su tiempo, los utilizan para promover la solidaridad en el seno de su comunidad.

La persona es completa apertura hacia el otro³

Los Padres nos muestran que el hombre está llamado (por Dios) a vivir en sociedad, por varios motivos. Uno de los primeros es la necesidad y beneficio recíproco en lo material y espiritual:

Oye cómo Dios llenó el universo de muchos bienes, pero a cada tierra le concedió sus frutos peculiares. De este modo, impulsados por la necesidad, nos comunicamos unos con otros, damos lo que a nosotros nos sobra y tomamos lo que nos falta; todo lo cual fomenta el amor a nuestros semejantes. Y lo mismo ha hecho con cada hombre. No a todos concedió saberlo todo, sino a uno la medicina, a otro la arquitectura, a otro otra arte, a fin de que por necesitar unos de otros mutuamente nos amemos. Y lo mismo es de ver en el orden espiritual, pues, como dice Pablo: «A uno se le da discurso de sabiduría, a otro discurso de ciencia, a otro profecía, a otro don de curaciones, a otro variedad de lenguas, a otro interpretación de lenguas» (1 Cor 12, 8-10)...⁴

*La vida que juntamente con muchos se comparte entiendo que es más útil para muchas cosas. En primer lugar, en efecto, porque nadie de nosotros hay que a sí mismo se baste para remediar sus necesidades corporales, sino que para adquirir las cosas necesarias a este respecto necesitamos el concurso unos de otros. Pues como el pie posee unas facultades, pero carece de otras, y sin el auxilio de los demás miembros ni siquiera es capaz de utilizar su propia fuerza idónea o suficiente para sí mismo con perseverancia, ni posee tampoco en sí subsidios que suplan lo que le falta, así también en la vida solitaria no sólo se convierte en inútil aquello de que disponemos, sino que tampoco podemos lograr lo que nos falta. En verdad Dios creador dispuso que necesitáramos ayuda unos de otros, como está escrito, para que así nos unamos entre nosotros.*⁵

Desde el plano de ricos y pobres, **Teodoreto de Ciro** expone que nadie es autónomo –ni siquiera los poderosos– y que, por medio de las relaciones sociales, todos recibimos beneficios de los demás –inclusive los pobres–. De este modo establece definitivamente el beneficio de la reciprocidad entre miembros de la comunidad humana.

Efectivamente, de la opulencia de los ricos gozan también los que pobremente viven. Y es así que el Creador de unos y otros dotó a la pobreza de toda suerte de artes, por las que los ricos tienen que acudir a las puertas de los pobres y, por un puñado de dinero, reciben de ellos lo que necesitan para la vida y, como por la riqueza se multiplican sus necesidades, andan escasos de todo. Así, de unos tienen que comprar el pan, de otros la comida; unos les ajustan los zapatos a los pies, otros les

¹ *Catecismo de la Iglesia Católica* (núm. 1879); Buenos Aires: Ed. Lumen, 1992. Acerca de los temas tratados en este fascículo, recomendamos la consulta del *Catecismo*, núms. 1878-1896

² Id.

³ Cfr. Charbonneau, P. E.; *Cristianismo, sociedad y revolución* (p. 130); Salamanca: Ed. Sígueme, 1969

⁴ San Juan Crisóstomo; *Homilía sobre la caridad perfecta* (núms. 1-2), *El mensaje social de los Padres de la Iglesia*; Ed. Ciudad Nueva: Madrid, 1989 [MSPI], núms. 527-528

⁵ San Basilio; *Reglas extensas* (Interrogación VII) (MSPI núm. 215)

*fabrican túnicas, togas y mantos; otros, tapices, cintas y clámides; otros les construyen casas y labran lechos y sillones, y suministran legumbres de todo género y frutas sin número, trigo y cebada y demás bienes de la agricultura, sin los que es imposible vivir, aunque se posea todo el oro de Midas y Creso. Al pobre, empero, le basta pan de mijo o de salvado y un pedazo de cualquier manjar. Si juzgas, por ende, recta y justamente, ¿a quién llamarás pobre e indigente y que carece de lo necesario: al que tan poca cosa le hace falta o al que de tantas y tantas necesita? [...] No hay ladrón que pueda llevarse el arte y oficio de un pobre; mas de la riqueza no sólo despoja a sus dueños un ladrón, sino también un impostor.*⁶

Trascendiendo lo útil, los Padres nos enseñan el concepto de amistad social, en el que entra en juego el mandato humano del amor, y cuya primera expresión es el vínculo matrimonial. Ya en estos párrafos, inclusive, comienza a vislumbrarse el superior mandato de la caridad:

*...¿quién no sabe que el hombre es un animal manso y sociable, y no solitario y fiero? Nada es, en efecto, tan propio de nuestra naturaleza como el juntarnos unos con otros, necesitar unos de otros y amar a nuestros semejantes. De ahí, pues, que Dios nos pida el fruto de las semillas que puso en nosotros, y así nos diga: «Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros», (Jn 13, 34).*⁷

*Como quiera que cada hombre es parte del género humano y la naturaleza humana es algo social, posee el hombre un bien grande y natural, que es el vínculo de la amistad entre todos los hombres. Dios quiso crear de uno a todos los hombres, para que en su sociedad no sólo fueran unidos por la semejanza de naturaleza, sino también por el vínculo del parentesco. La primera unión natural de la sociedad humana es la del hombre y la mujer. Tampoco los creó Dios separados ni los unió como ajenos entre sí, sino que del hombre formó a la mujer, colocando también el vínculo de unión en el costado, de donde la mujer fue extraída y formada (Gn 2, 21-22). Por el costado se unen entre sí los que caminan juntamente y miran a la vez por dónde caminan. Consecuencia de la unión del hombre y la mujer es la prolongación de la sociedad en los hijos, que es un fruto honesto, no de la simple unión del marido y la mujer, sino de la relación conyugal de los mismos [...].*⁸

*Dos cosas se deben observar respecto del amor al prójimo: una, no hacer mal a nadie; otra, hacer bien a los demás. Primero, evitar hacer daño, y después, saber distribuir. La amistad es sociedad de almas. Necesita, en efecto, dos para iniciarse. Porque el amor no puede darse a no ser, por lo menos, entre dos. Los antiguos dijeron que en la sociedad de dos hay, por la fuerza del amor, una sola alma en dos cuerpos, según leemos en los Hechos de los Apóstoles: «Existía entre ellos un solo corazón y una sola alma.» No porque muchos cuerpos estuvieran animados por un alma sola, sino porque, unidos por el vínculo y fuego de la caridad, todos, de modo general, sentían lo mismo sin disensión. La amistad hace los sucesos prósperos más dulces y templada los adversos por la compañía y los hace más leves. Porque mientras en la tribulación recibimos el consuelo no se quebranta ni se desespera el espíritu.*⁹

*¿Qué muralla irrompible, afirmada por la trabazón de piedras enormes, se hace tan inexpugnable a los ataques enemigos como un conjunto de hombres que se aman unos a otros y que entre sí se estrechan por la concordia? Contra ellos se estrellan los ataques mismos del diablo. Y con mucha razón. Porque quienes juntos se ordenan contra él en batalla, y no con él se enfrentan unos contra otros, se tornan invencibles a sus ardides y levantan los brillantes trofeos de la caridad. Las cuerdas de la lira, por muchas que sean, conspiran todas a un acorde y producen la más grata melodía, así los que se unen en un solo espíritu producen el armonioso acorde de la caridad.*¹⁰

A partir de las Sagradas Escrituras, los Padres nos anuncian la caridad, la expresión más pura del amor y la cumbre de toda relación entre personas, en su esencia y su ejercicio efectivo:

⁶ Teodoreto de Ciro; *Discurso VI sobre la Providencia: que los pobres y ricos son útiles a la vida* (MSPI núms. 785-787)

⁷ San Basilio; *Reglas extensas* (Interrogación III) (MSPI núm. 210)

⁸ San Agustín; *Del bien del matrimonio* (Cap. I, núm. 1) (MSPI núm. 1157)

⁹ San Isidoro; *Los tres libros de las sentencias* (Libro III, cap. XXVII) (MSPI núm. 1234)

¹⁰ San Juan Crisóstomo; *Homilía sobre la caridad perfecta* (núms. 1-2) (MSPI núms. 530-531)

La caridad te hace ver en el prójimo otro tú mismo, y te enseña a alegrarte de sus bienes como de los tuyos propios, y a soportar sus defectos como los tuyos propios. La caridad hace de todos un solo cuerpo, y de sus almas, moradas del Espíritu Santo. Y es así que el Espíritu de la paz no reposa sobre los divididos, sino sobre los unidos en sus almas. La caridad hace común de todos lo que tiene cada uno, como dice el libro de los Hechos. «La muchedumbre de los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma, y nadie decía ser propio nada de lo que tenían, sino que era todo para ellos común y a cada uno se le repartía según su necesidad» (Hc 4, 32-35).¹¹

...«la caridad —dice San Pablo— no busca las cosas tuyas.» La vida solitaria y realizada independientemente de todos los demás tiene como único fin que cada uno trabaje para su provecho. Pero esto contradice abiertamente a la ley de la caridad, la cual cumplió el apóstol, que no buscaba su interés, sino el de muchos, a fin de que se salvaran. Añádase a esto que en una tal soledad no es fácil que cada uno se dé cuenta de sus pecados, en cuanto no tiene quien le reprenda y le corrija con mansedumbre y clemencia. La reprensión, que también la hacen los enemigos, es ocasión frecuentemente en el varón probo y justo del deseo de buscar la reforma de sus defectos, y el que sinceramente ama a otro procura conscientemente reformarle de sus pecados. Pues «quien ama —dice la Sagrada Escritura—, educa diligentemente» (Prov 13, 24). Hallar en la soledad algo semejante es difícilísimo si alguien no está vinculado antes bien a la sociedad de la vida. Porque le sucederá lo que está escrito: «¡Ay del solo, porque si cayere, no tiene quien le levante!» (Ecle 4, 10).

Además, muchos preceptos se cumplen fácilmente cuando hay muchos juntos congregados, pero no cuando está uno solo, pues en este caso, mientras se realiza uno, no se puede cumplir otro. Por ejemplo, mientras visitamos a los enfermos, no podemos acoger a los peregrinos, y la comunicación y distribución de las cosas necesarias para la vida (especialmente cuando en estos ministerios se ha de emplear mucho tiempo) es el motivo de que no se pueda dedicar atención a la práctica de buenas obras, de modo que queda abandonado el mandato máximo y que especialmente nos conduce a la salvación, ya que ni se da de comer al hambriento ni se viste al desnudo. ¿Quién, pues, querrá anteponer una vida inerte e infructuosa a aquella que es fecunda y conforme a los mandamientos del Señor?¹²

El hombre realiza su vocación social formando –organizando– una sociedad, tanto más humana cuanto más sea la humanidad su principio de convivencia. Estas nociones constituyen una base importante para el tema de la justicia social:

Después de haber hablado de los deberes para con Dios, trataré ahora de lo que es debido al hombre, si bien el respeto que se tributa al hombre se tributa a Dios en último término, porque el hombre es imagen de Dios. Pero en todo caso, el primer oficio de la justicia es obligarnos para con Dios; el segundo, para con el hombre. Aquél recibe el nombre de religión; éste, de misericordia o humanidad. Esta última virtud es propia de los justos y servidores de Dios, y en ella sólo se encuentra el fundamento de la vida común. Pues Dios, que negó a los animales la inteligencia, les concedió defensas naturales contra los peligros que les acechaban. Pero al hombre, porque le creó desnudo y débil, le dotó de inteligencia que le instruyera en lo que debía hacer, y además le dio el efecto de la piedad para que velara, amara, recibiera y prestara auxilio al hombre contra todos los peligros. La humanidad, pues, es el vínculo máximo que une a los hombres entre sí, y quien lo viola debe ser tenido por impío y parricida.¹³


Aquí (amarás al prójimo como a ti mismo) tienen su origen los deberes que rigen la sociedad humana, en los que es difícil acertar. Mas, sobre todo debemos ser buenos; es decir, que no empleemos la malicia ni el dolo contra el hombre. Pues, ¿qué cosa hay más allegada al hombre que el hombre? Como sólo hay dos maneras de pecar contra el prójimo: una, causándole daño, y otra, negándole ayuda cuando se le puede ayudar, y por ello los hombres son malos, y ninguna de estas cosas hace el que ama, estimo que la sentencia «El amor del prójimo no obra mal» prueba lo que se quiere

¹¹ Id. (MSPI núm. 529)

¹² San Basilio; *Reglas extensas* (Interrogación VII) (MSPI núms. 216-217)

¹³ Lactancio; *Instituciones divinas* (Libro VI, cap. X) (MSPI núm. 876)

*demostrar. Y así como no podemos obrar el bien sin haber dejado antes de hacer el mal, el amor al prójimo es el principio del amor de Dios.*¹⁴



CUANDO LA VIDA INTERIOR SE CLAUSURA EN
LOS PROPIOS INTERESES, YA NO HAY ESPACIO
PARA LOS DEMÁS, YA NO ENTRAN LOS POBRES,
YA NO SE ESCUCHA LA VOZ DE DIOS, YA NO SE GOZA
LA DULCE ALEGRÍA DE SU AMOR, YA NO PALPITA
EL ENTUSIASMO POR HACER EL BIEN. LOS CREYENTES TAMBIÉN
CORREN ESE RIESGO, CIERTO Y PERMANENTE. MUCHOS CAEN EN
ÉL Y SE CONVIERTEN EN SERES RESENTIDOS, QUEJOSOS, SIN VIDA.
ÉSA NO ES LA OPCIÓN DE UNA VIDA DIGNA Y PLENA, ÉSE NO ES
EL DESEO DE DIOS PARA NOSOTROS, ÉSA NO ES LA VIDA EN EL
ESPÍRITU QUE BROTA DEL CORAZÓN
DE CRISTO RESUCITADO.

Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, I-2

¹⁴ San Agustín; *De las costumbres de la Iglesia* (Libro I, cap. XXVII, núms. 49-50) (MSPI núm. 1031)